

UN ECO DEL PASADO

Stanley Robert Ross

MÁRQUEZ STERLING publicó por vez primera la historia de su misión diplomática en México —adecuadamente intitulada *Los últimos días del presidente Madero*— el año 1917, en la Habana. Cuarenta y un años después, la Editorial Porrúa ha estimado conveniente publicar una nueva edición. Las memorias diplomáticas se presentan en formato más atractivo. Las páginas son más amplias y menos numerosas, de manera que el volumen resulta menos grueso. El tipo de imprenta es más grande, y por lo tanto más legible. Se ha añadido un índice para facilitar la consulta del volumen. La presentación general es asimismo más atractiva porque se ha añadido una serie de fotografías de escenas de la Decena Trágica, provenientes de la colección de don Felipe Teixidor, y en la portada aparece una fotografía de la estatua de Madero que se levanta en la plaza de Tlaxcoaque, obra de José Fernández Urbina.*

Sin embargo, el mero hecho de hacer más atractivo un libro no justifica la nueva edición. Cuando se decide publicar de nuevo una obra histórica, se plantea necesariamente la cuestión de la justificación o motivación. Como la parte crucial de estas memorias resulta ser la conducta del embajador Henry Lane Wilson, uno de los más tristes episodios que han contribuido a fomentar en México el recelo contra los Estados Unidos, una posible respuesta de nuestra pregunta sería que se ha querido avivar ahora ese sentimiento popular. Sin embargo, la seriedad de la Editorial Porrúa nos impide tomar en cuenta esa explicación tan fácil. Personalmente, prefiero pensar que la nueva edición se debe a la proximidad del cincuentenario de la Revolución, y al deseo de aprovechar desde ahora esa futura celebración. Pero, dejando a un lado las

* Manuel MÁRQUEZ STERLING, *Los últimos días del presidente Madero*. 2ª ed. Editorial Porrúa, México, 1958; xvi + 379 pp., ilustr.

consideraciones comerciales —que no debieran desligarse del valor intrínseco—, queda aún por averiguar si se justifica, sobre bases históricas, la nueva publicación de este libro.

La sección primera del volumen —una cuarta parte del total— se refiere a las experiencias diplomáticas de Márquez Sterling en la Argentina, el Brasil y el Perú, antes de su llegada a México. Aunque no carecen de interés para el lector mexicano (véase, por ejemplo, el breve relato de la entrevista con Porfirio Díaz en 1904), estas páginas no justificarían ciertamente las molestias de una nueva edición.

El diplomático cubano no llegó a México para hacerse cargo de su puesto hasta el 7 de enero de 1913, y no presentó sus credenciales sino tres días después. Por lo tanto, no fue testigo ocular de los acontecimientos ocurridos de 1908 a 1912. Así, pues, la descripción del régimen porfirista, los antecedentes personales de Madero, la actividad política de 1908-1910, la rebelión maderista, el interregno de De la Barra y los catorce primeros meses de la administración de Madero —hechos que ocupan otra cuarta parte del volumen— representan una elaboración histórica, y como tal debe valorarse.

El cuadro del régimen de Díaz es fragmentario: es un retrato político de la vejez de un régimen. Aunque a esto sigue un breve pasaje acerca del problema social y económico del estado de Morelos, se pasan por alto los aspectos económico-sociales más amplios, como también la evolución política y las relaciones internacionales del régimen porfirista. El estudioso actual de la historia mexicana que busque una apreciación de este régimen no deberá acudir ciertamente a Márquez Sterling, sino al libro de José Valadés sobre el porfirismo, o a los volúmenes respectivos de la *Historia moderna de México*, que se viene publicando bajo la dirección de Daniel Cosío Villegas.

Tras un breve análisis de los antecedentes de Madero, que insiste particularmente en su filosofía, el autor reseña los acontecimientos políticos y militares que, iniciados con la entrevista entre Díaz y Creelman, culminaron en el tratado de Ciudad Juárez. Se ha dicho que ningún historiador vale más que sus fuentes y la utilización que de ellas hace. El diplo-

mático cubano se basó excesivamente en publicaciones impresas, debidas a Roque Estrada, Rafael Aguilar y Antonio P. González y J. Figueroa Domenech, a las cuales añadió los escritos de R. Fernández Güell y de "Cráter". Por consiguiente, no dice una palabra del papel vital de los movimientos precursores, y descuida el carácter preparatorio del reyismo. También trata en forma inadecuada los esfuerzos de Madero por tender las bases de un movimiento político democrático. La rebelión maderista, y los diferentes esfuerzos por negociar un arreglo, se ven principalmente a través de dos ex maderistas, Estrada y Aguilar, los cuales, en el momento de tomar la pluma en la mano, veían ya al "apóstol" con ojos llenos de prejuicios. Publicaciones más recientes, fundadas en una selección más rica de materiales —sobre todo el importantísimo archivo de Madero y los papeles de Federico González Garza—, ofrecen una idea más completa de este período. Entre tales publicaciones cuento el libro de Cumberland, el mío propio y el estudio de Valadés sobre Madero, que se está publicando ahora por entregas en una revista popular.

Análogas deficiencias se notan en el análisis que hace Márquez Sterling de las administraciones de De la Barra y Madero. El estudio de la primera se funda en gran parte en el libro de Gregorio Ponce de León. Para apreciar como es justo las desastrosas consecuencias de ese gobierno de transición hay que acudir a los papeles privados de Madero, De la Barra y Zapata. Las páginas acerca del gobierno de Madero son casi exclusivamente un relato militar. Las prácticas políticas del primer gobierno revolucionario y sus esfuerzos económicos y sociales, que revelan cierto proceso evolutivo no obstante la brevedad de la administración, merecen algo más que una mención de pasada entre la dolorosa serie de rebeliones.

Contra este telón histórico proyecta Márquez Sterling su relato personal de las seis últimas semanas de la administración de Madero, así como de su caída y su muerte. Aquí, con un lenguaje conmovedor, cuenta el cubano lo que vio, lo que sintió y lo que hizo. Refuerza sus recuerdos personales con una declaración confidencial de Bernardo J. de Cologan,

embajador de España, con los escritos de Robert H. Murray, con algunas notas que le suministró Federico González Garza y con las declaraciones publicadas en 1914 por ciertos senadores y diputados que habían participado en los acontecimientos de la Decena Trágica.

Henry Lane Wilson, embajador de los Estados Unidos, viene a ser el villano del drama o, cuando menos, un cómplice antes y después de los hechos. Aunque el relato que ahora leemos representa la impresión y la interpretación personalísimas de Márquez Sterling, la verdad es que su tono coincide con otros documentos que mientras tanto se han puesto al alcance de los estudiosos. Por ejemplo, los papeles del Departamento de Estado norteamericano no hacen sino poner los puntos sobre las íes en la requisitoria lanzada por el diplomático cubano. El señor Wilson publicó más tarde una apología de su conducta, pero este escrito no puede considerarse de ninguna manera como una refutación adecuada de las memorias de Márquez Sterling, corroboradas por la documentación oficial de la época. El relato que hace el cubano del asesinato de Madero y Pino Suárez deberá complementarse con los resultados de la investigación de la tragedia publicados por C. M. Maldonado, y asimismo con los escritos de Diego Arenas Guzmán.

Casi la mitad del volumen se refiere a la misión diplomática de Márquez Sterling en México, que duró menos de tres meses, del 10 de febrero a fines de marzo de 1913. Esta parte nos ofrece una amplia y detallada crónica de los acontecimientos ocurridos entonces, y en ella vemos la grandeza de ánimo con que el cubano cumplió sus responsabilidades. Aquí tenemos un conmovedor relato de su infatigable y noble esfuerzo por salvar la vida del presidente y del vicepresidente de la nación ante la cual estaba acreditado. Aquí tenemos una historia que impresionará profundamente al lector mexicano. Aquí tenemos, escrita directamente por quien fue actor principal en los acontecimientos, una excelente materia prima, indispensable para la historia definitiva de esta época. Y aquí, en último análisis, debemos ver la razón que justifica la nueva edición de las memorias de Manuel Márquez Sterling.